

Carta de París

Por Manuel TUÑÓN DE LARA

Ya está aquí "la rentrée". Si quisiéramos traducir esta expresión tan francesa fracasaríamos al decir "reapertura de cursos", término tan restrictivo como académico. Nada de eso. La "rentrée" es un fenómeno de la vida cultural francesa que coincide paradójicamente con la caída de la hoja. Y digo paradójicamente porque "la rentrée" es nada menos que un renacer, un volver a ser de las actividades del espíritu, precisamente cuando los tonos grisáceos comienzan a apoderarse de París. Y tal vez la mejor descripción de este fenómeno, aplicada —es verdad— a la capital de España, la dio don Antonio Machado, al decir: "el cielo otoñal madrileño, con sus nubes de plata y sus lluvias ligeras... cuando nos anunciaba los días del renacer de la vida ciudadana, la vuelta de los escolares a sus estudios, la reapertura de sus centros de solaz y cultura..." Esto es una "rentrée."

Claro que lo académico cuenta, si es que académico llamamos por mor de la definición administrativa, a la ocupación de las aulas de primera y segunda enseñanza por millones de chavales de ambos sexos. Desde hace dos años esta movilización infantil se ha adelantado en dos semanas y tiene lugar el 15 de septiembre. La reapertura escolar tiene caracteres de acontecimiento, no sólo para los progenitores —cosa que por de suyo se explica— sino para la prensa, que le dedica páginas enteras cargando los tonos, negros, grises o rosas, según el respectivo color político del diario. Todos, sin embargo, coinciden en la existencia de ciertos problemas: penuria de educadores en primera y segunda enseñanza, insuficiencia de los centros de enseñanza técnica. Nadie pretende ocultar la imposibilidad de hacer milagros con los créditos existentes; el propio ministro de Educación, señor Lucien Paye, acaba de decir que los mil millones de francos (antiguos) de que dispondrá en el nuevo presupuesto de Educación Nacional, serán insuficientes para subvenir, al mismo tiempo, a solucionar los problemas de reapertura de curso, compensar los atrasos y echar nuevas bases. Por el momento se han terminado unas quince mil nuevas clases que podrán acoger a 93,000 alumnos, 70% de ellos de enseñanza primaria.

Pero hemos dicho que la "rentrée" es un fenómeno que totaliza las diferentes manifestaciones culturales. Y la más liviana no es, precisamente, la literaria. En estos días comienza la carrera en pos de los premios literarios (Goncourt, Ranaudot, Femina, Médicis, etc.); los editores se atusan los bigotes (si no tienen éstos, lo hacen moralmente) y dan palmaditas en el hombro de "sus" novelistas, sus "opulains" como dicen aquí, imagen hipomóvil que siempre me ha parecido denigrante para los que tenemos que vivir pluma en ristre.

El caso es que ya se hacen cábalas, pronósticos y, sobre todo, lanzan al mercado del libro las primeras obras consideradas "probables" y "posibles".

Ha roto el fuego Marc Saporta, colega que parece harto inteligente, ya que publica dos novelas, cada una en editora distinta. Las dos tienen un rasgo común; pertenecer a lo que llaman aquí "le nouveau roman", que —otra vez la endiablada historia de traducir— significa la tendencia objetivista —que no objetiva— de la que sienta plaza como campeón, el autor de *Le Voyeur*, Robbe-Grillet. Importa tomar buena nota de esto N.R. (Nouveau Roman) porque en la batalla de los premios va a ser una de las principales líneas divisorias.

Y volvamos a Saporta. Como todos los "objetivistas" se declara netamente anti-balzaciano. ¡Balzac! He aquí la "bestia negra" de todos los innovadores (tengo demasiado respeto a la palabra Revolución para llamarles revolucionarios), el enemigo público número uno. Para Saporta, según le decía hace poco a Hubert Juin, el objeto de sus novelas es "hallar el punto de contacto entre los puntos de referencia del mundo objetual y la psicología del individuo". Y átenme esa mosca por el rabo.

Esta vez, las novelas de Saporta se llaman *La Distribution* y *La Quete*. En la primera, el protagonista —si es que puede así llamársele— ha escrito una obra de teatro, pero el lector no conoce dicha obra sino el reparto, *La Distribution*. El libro es una invitación a que adivinemos la obra a base de notas de trabajo, muy cuidadas psicológicamente, sobre los personajes de dicho reparto. El autor se explica en la conversación ya citada: "En *La Distribution* los personajes están en el mismo plano que los objetos. Se convierten en personajes objetos..."

La Quete es también un juego inteligente: un soldado que busca a una joven a la que hirió en una manifestación; el hermano de la chica —que ha muerto— busca al homicida. Tema dramático, pero no busquen ustedes aquí el dramatismo corriente y moliente, sino el ejercicio literario de leer lo que el soldado y el hermano de la víctima ven, oyen, etc., pero sin trabar conocimiento con la intimidad de su ser. Ah, no. Eso se queda para los denostados Balzac y Stendhal.

Sin embargo, la novedad literaria de la quincena no han sido, en verdad, estos libros "objetales", sino otro, traducido del alemán, en el que no domina la preocupación sobre cómo decir las cosas sino en qué es lo que se dice. Se trata de *El Tambor*, libro de Gunter Grass, un alemán de treinta y cuatro años nacido en Dantzig. El tambor y sus redobles es el mejor modo de expresión de Óscar, un enano algo corcoveta, cuya biografía parece a veces reflejo de la locura alemana de 1920 a 1954. Y en efecto, el enano acaba encerrado en un manicomio francés. El ascenso del nazismo, el delirio de la guerra y la ruina moral de la post-guerra vistos por el terrible enano, que escribe su vida desde su retiro de alienado, tienen un algo de nuestra picaresca, pero injertado en un mucho de cabalgata de Walkyrias vista por su lado sórdido. "Al redoble del tambor..." era estribillo de cierta canción muy sobada por los militaristas alemanes de varias generaciones. Gunter Grass va puntuando, al redoble del tambor, muertes, asesinatos, violaciones, incendios... una degradación sin fin, de la cual no se siente responsable, sino ante la cual se siente indiferente.

Este libro impresionante y violento, bien escrito, está llamado a ser uno de los éxitos de la temporada. Por eso no es extraño que, contrariamente a las costumbres (los libros extranjeros suelen publicarse pasado el período de los premios), las ediciones Du Seuil lo hayan lanzado en las avanzadillas de "la rentrée". No hay miedo por él; puede vivir por su cuenta.

Otros libros figuran también entre estos adelantos de la temporada. Retengamos la novela de André Kedros (griego que escribe en francés) *Le Verron*, que muestra la angustia de una juventud que se interroga sobre la efectividad de todos los



"Coudel en órbita"



"precisamente cuando los tonos grisáceos comienzan a apoderarse de París"

valores, bajo el peso de la amenaza atómica. La ocupación americana en Alemania da motivo a una nueva novela psicológica de Manfred Gregor, *Ville sans pitié*, y la británica en Austria, a otra de Morris West: *La deuxième victoire*.

Y basta de novelas, porque no hay que pedir demasiadas peras, no sólo al olmo, sino incluso al peral. En el mundo de la cultura hay otras muchas cosas. Es, por ejemplo, fenómeno muy acusado este último año —los vuelos cósmicos hacen surco en las conciencias— el interés extraordinario por los libros de divulgación científica. Tras *El hombre en el espacio* de Albert Ducrocq, ha venido la colección de hombres de ciencia editada por Seghers. Las biografías con textos antológicos de Sedov, Joliot-Curie, Teilhard de Chardin y Einstein han constituido un acierto. Ahora, en la misma colección, ha publicado Robert Clarke un *Claude Bernard y la medicina experimental* que es, al mismo tiempo, una apasionante historia de los primeros pasos de la fisiología.

Que el conocimiento de la naturaleza, y de la función en ella del hombre, cuenta más que nunca se comprueba por la expectación que ha despertado lo que llaman "reunión en la cumbre de los sabios", que se celebra en Bruselas, del 25 al 28 de septiembre, por iniciativa del Sr. Le Lionnais, presidente de la Asociación de Escritores Científicos de Francia. Allí estarán Lord Boyd Orr, premio Nobel de la Paz; Sedov, padre del primer "sputnik"; Auger, presidente del Comité Francés de Investigaciones en el Espacio; Shockley, premio Nobel de Física; Walter, inventor de las máquinas electrónicas; Zwicky, el primer astrónomo que ha observado las estrellas en explosión y... no sigo.

Lo que van a discutir estos señores es apasionante no para la minoría, sino para cada hijo de vecino. Por ejemplo, el problema del crecimiento demográfico y la posibilidad de seguir alimentándose en el planeta, con o sin restricción de la natalidad; la vida y el final de la vida en el sistema solar y la posibilidad de que el ser humano emigre a otros mundos, lo que su-

pone nada menos que inventariar los conocimientos actuales de geología, biología, astronomía y viajes interplanetarios. Pero también se hablará de cuestiones más de la vida diaria, si aquí puede emplearse esta expresión: concordancias entre el cerebro humano y el cerebro electrónico, posibilidad de dirigir la evolución biológica del hombre, y también algo de tantos vuelos metafísicos —metafísicos hasta ahora, por lo menos— como el psiquismo considerado como cualidad de la materia.

En este sentido serán interesantes las aportaciones de quienes siguen las teorías del padre Teilhard de Chardin (que también se han reunido en Brujas, en coloquio cuya presidencia de honor ostentaba la reina Isabel) que aspiran a la síntesis psicofísica del universo, a una teoría que asocie, según las palabras del cosmólogo Charon, los puntos de vista de la teoría de la relatividad y de la teoría cuántica.

Mucho darán que pensar, sin duda, las conversaciones en Bruselas. Pero además, todo es ahora tan a la moda "astronáutica" que Jean Louis Barrault, al abrir la temporada teatral —otra "rentrée"— con *Le Partage du Midi* de Paul Claudel, se ha atrevido a una imagen "gagarinística": "Claudel está ya colocado en su propia órbita, y no tiene necesidad de la 'fusée' católica." Dejemos a Barrault con la responsabilidad de su brillante frase, a la obra de Claudel entrando en los repertorios clásicos y volvamos hacia este París expectante, que aún está desprezándose bajo el sol tibio de otoño velado ya por las primeras nieblas. Dentro de dos semanas la Sorbona recobrará su ritmo vital y las bandadas estudiantiles invadirán el boulevard Saint Michel y sus alrededores. Libros, revistas, conferencias, estrenos teatrales y cinematográficos, exposiciones plásticas se precipitarán a borbotones sobre multitudes siempre iguales, pero siempre renovadas, que acuden a la cita mágica que les da París.

Comienza la temporada 1961-1962. ¿Qué va a pasar aquí?

[París, septiembre 24 de 1961]